

RECUERDO DE JUOZAS ZARANKA

Rubén Sierra Mejía
Universidad Nacional de
Colombia

Un hecho de la vida colombiana que no ha recibido la atención que merece por parte de quienes han tenido la tarea de analizar los fenómenos de nuestra historia cultural, es la presencia de un grupo de escritores, artistas y académicos europeos llegados al país en los albores y al término de la Segunda Guerra Mundial. Fueron dos oleadas de inmigrantes, producidas por la situación política de Europa, en dos momentos diferentes por sus circunstancias, pero consecutivos y unidos causalmente. Republicanos, españoles, judíos de lengua alemana y alemanes adversos al nazismo conformaron la primera de ellas. Llegaron a Colombia huyendo de los regímenes dictatoriales que habían inaugurado en sus respectivas patrias una era de persecuciones y exterminio. La segunda se produjo después de terminada la guerra, unos en busca de un refugio que les permitiera protegerse de la situación de penuria que se vivía en el viejo continente; otros porque no aceptaban las condiciones de opresión que se impusieron en el este de Europa, como resultado del reparto geográfico que hicieron las potencias vencedoras. No fueron inmigraciones —hay que reconocerlo— tan amplias y de tan profundas consecuencias como las recibidas por otras naciones latinoamericanas —México, Argentina y Venezuela—, con una tradición muy receptiva a ciudadanos de religiones distintas a la católica y de lenguas diferentes a la española. Pero un estudio de su presencia arrojaría resultados muy positivos sobre su participación en nuestro desarrollo educativo y cultural durante el presente siglo. Una simple lista bastará para dar testimonio de su altísimo valor intelectual y artístico: Guillermo Wiedemann, Ernesto Volköning, Leopoldo Richter,

Ernesto Guhl, Gerhard Mazur, Casimiro Eiger, José María Ots Cadequi, Pedro Urbano González de la Calle, José Prat, de la primera ola de inmigrantes; Olav Roots, Peter Aldor, Carlo Federici, Leopoldo Uprimy, Juozas Zaranka, del segundo contingente. La lista no pretende ser completa, ni siquiera exhaustiva. Podríamos ampliarla, es cierto, pero los nombres mencionados son suficientes por lo pronto para llamar la atención sobre su importancia y el espectro amplio de disciplinas científicas y artísticas que representaban: matemáticas, historia, filología, música, pintura, derecho, geografía, literatura, entre otros. En todos estos campos dejaron huellas indelebles de su participación en la vida nacional. Y aún podríamos decir que sus actuaciones ayudaron a modificar nuestros hábitos relacionados con la sensibilidad, las maneras de comprender y de relacionarlos con el saber científico.

Citamos a Juozas Zaranka como uno de los miembros del segundo grupo. Llegó a Colombia, en un barco atestado de refugiados, en 1950. No tenía entre sus proyectos echar raíces entre nosotros, pues carecía de motivos para sentirse atraído por un país del que ignoraba los datos más elementales. Tal vez una visa oportuna fue el giro de la ruleta que le señaló la suerte. La colonia lituana ya había crecido lo suficiente como para que se le facilitara la instalación, aunque en su memoria persistían toda las incomodidades y las penurias que generan las situaciones iniciales de exilio. Malgastó sus primeros años en Bogotá como profesor de secundaria, enseñando latín y filosofía en colegios de la ciudad. Tampoco, cuando obtuvo una cátedra, primero, en la Universidad Pedagógica Nacional, y luego, a partir de 1959, en la Universidad Nacional de Colombia, logró las condiciones favorables para una producción científica que estuviera a la altura de sus capacidades intelectuales y de su vasto saber filológico. Sus tareas académicas se limitaron a la enseñanza del latín y el griego y en ocasiones a cursos de iniciación a las literaturas de esas lenguas.

Había nacido en Lituania en 1919 y salió de ella, en exilio, cuando su patria entró a ser una de las repúblicas de la Unión Soviética, como consecuencia de la reorganización de Europa impuesta por las potencias militares que lograron la victoria en 1945. El destino de Lituania volvía a jugar. Los rusos la habían dominado durante casi dos siglos hasta 1918, año en que logró su conformación como estado autónomo, gracias a la distribución

política que se hizo de Europa, al término de la primera guerra mundial. Fue otra negociación internacional, el reparto de Polonia en el siglo XVIII, la que le había permitido a Rusia anexarse los territorios lituanos. Recordemos que, desde el siglo XIV, Lituania hacía alianza con los polacos para protegerse de las ambiciones imperialistas de sus vecinos orientales. Los zares desarrollaron programas encaminados a su incorporación cultural, pero hubo siempre una voluntad civil de conservar su personalidad entre los pueblos europeos. El propio Zaranka nos recuerda en una conferencia de 1980, sobre la historia y la estructura de su lengua materna, que sólo en 1904, después de que Rusia perdió la guerra contra Japón, les fue permitido a los lituanos crear escuelas donde se impartiera enseñanza en el idioma de sus antepasados, en el cual se desenvolvía la comunicación diaria y se expresaban los sentimientos más íntimos. La Unión Soviética conservó una actitud de mayor respeto por las lenguas de los diferentes pueblos que constituyeron esa amplia y frágil federación de naciones. Pero también es cierto que pretendió hacer de Lituania un país ruso y, con el propósito de eliminar toda resistencia y todo intento de autonomía, intensificó la enseñanza obligatoria del idioma imperial. Por eso Zaranka se mostraba pesimista sobre la supervivencia de su lengua. En la conferencia a que he aludido llegó a afirmar, con algo de amargura: “La pérdida de la lengua de nuestros antepasados es inminente para las nuevas generaciones”. Convencido de que los países bálticos nunca más volverían a ser independientes y de que su lengua pronto sería una lengua sin hablantes si los lituanos desperdigados por el mundo no la mantenían viva, colaboró en los programas editoriales que promovieron sus compatriotas en el exilio. Era una manera de conservar viva su cultura. El lituano —recordemos también esto—, constituye con el letón y el antiguo prusiano, idioma ya muerto, la familia de las lenguas bálticas. La particularidad de ser una lengua única —única, puesto que el letón es propiamente un dialecto suyo— y el hecho de poseer, entre todos los idiomas vivos de Europa, las formas más arcaicas, eran para Zaranka pergaminos de un linaje rancio que el pueblo lituano podía presentar a favor de su personalidad cultural. En sus clases, explicando las etimologías griegas y latinas hasta llegar a sus remotos orígenes indoeuropeos, hacía frecuentes alusiones a las formas lexicales

de su lengua materna. No era un comparativista, por cierto, pero sabía hacer las incursiones con el rigor del *scholar* para mostrar en aquel protolenguaje el origen de los idiomas clásicos.

La historia de Lituania marcó de manera sensible su carácter. Solía referirse a ella en sus charlas con los amigos, y sólo en los últimos años de su vida se resignó a perder la ilusión de que su patria volviera a ser un país independiente, libre para decidir su destino político y cultural. Y cuando los hechos le demostraron que debía renunciar a la esperanza de regresar a vivir con los suyos, pensó en hacerse colombiano de adopción, pues sentía que ya pertenecía a nosotros¹. Nuestra tradición no se ha caracterizado por la generosidad de otorgar todos los derechos de que goza el nativo a quien ha llegado de fuera con el ánimo de instalarse y echar raíces en el país; ha multiplicado, por el contrario, las exigencias y ha colocado escollos con frecuencia insuperables para que pueda portar la cédula o el pasaporte que lo identifique como ciudadano de Colombia. Y aunque pudo certificar todos los requisitos que enumeraban nuestras leyes, faltó la voluntad burocrática final de estampar la firma correspondiente. Lituania recuperó, pocos años después de la muerte de Zaranka, ocurrida en 1987, la plena independencia. Los hados le negaban una vez más la oportunidad de realizar uno de sus anhelos, el sueño más frecuente. Quizá sea más apropiado decir que ese anhelo de repatriación fue la pesadilla que lo acompañó desde el día en que cruzó la frontera lituana hacia el exilio.

Después de la guerra, se instaló en Lovaina para continuar sus estudios de filología clásica, que había iniciado en Vilnus. Pero antes los alemanes habían invadido a Lituania y Zaranka fue enrolado en las filas del ejército nazi, cuya mística no compartía, ni mucho menos los propósitos de organización política y social que avivaban esa mística. No fue soldado en sentido propio. Las tareas que le encomendaron en el ejército se limitaron al servicio eléctrico. Sintió la liberación cuando cayó prisionero de los ingre-

1 En uno de sus viajes a Europa, al solicitar la visa de regreso en el consulado de Colombia en Bruselas, le preguntó el cónsul de nuestro país la razón de la urgencia que mostraba en viajar. Juozas Zaranka, sin meditar la respuesta, contestó: "Porque siento el deseo de estar de nuevo en mi patria". Y a la mirada interrogativa del funcionario, agregó: "Llevo tantos años en Colombia que la siento como si fuera mi país". La anécdota me la contó personalmente algún tiempo después.

ses, aunque esto habría de representarle el internamiento en un campo de concentración. La lectura y la redacción de su diario fueron las únicas actividades durante esos 18 meses de cautiverio. Se veía obligado a camuflar la lectura de Nietzsche con carátulas de otros libros para evitar que los guardianes pudieran caer en la sospecha de que mantuviese vínculos con los alemanes. Terminada la guerra, pudo entonces dedicarse a sus estudios. Su tesis de licenciatura, *De Plinii epistolarum novem libris quaestiones chronologicae*, fue recibida con aplausos y los argumentos que sostiene en ella acerca de la cronología de las cartas de Plinio el Joven, han tenido amplia aceptación entre la comunidad de filólogos. Confieso no tener la solvencia científica para emitir opiniones sobre esta obra; mi juicio es sólo el eco de comentarios como los de Jean Beaujeu, para quien este libro “detallado y profundo” —dice— “constituye una base sólida para posteriores investigaciones”, y el recibimiento que le otorgó Luigi Rusca, quien lo utilizó de manera profusa en su edición italiana de las cartas de Plinio. Es una lástima —afirma el primero de los autores citados— que permanezca inédito. Sólo algunos capítulos fueron publicados en *Studium*, revista de la Universidad Nacional, orientada en especial a la cultura humanística. La clausura de esta publicación, para revivir *Ideas y Valores*, discontinuada hacía algunos años, dejó inconcluso el programa de editar el libro por entregas. La obra, hablando con rigor, continúa inédita. Los interesados en el estudio de Plinio han tenido que recurrir a la copia mecanografiada que conserva la Universidad de Lovaina.

De Plinii epistolarum excedía las exigencias académicas para obtener el título de licenciatura. Así lo comprendieron los examinadores. Le recomendaron por esto que lo reservara para su doctorado y se esforzara en redactar, en poco tiempo, una de menores ambiciones. La urgencia de abandonar Europa y conseguir medios propios de subsistencia, le impidieron aceptar la propuesta. Pero entre sus propósitos trajo el de terminar los requisitos para la obtención del título de doctor. Pensó entonces en escribir una tesis sobre la vida cotidiana en el siglo IV d.C., e inició lecturas para este fin, cuando ya estaba establecido en Bogotá. Quería conocerlo todo sobre el tema de sus estudios personales. Adquiriría entonces la bibliografía existente en el mercado, y en sus viajes al extranjero dedicaba largas horas a visitar bibliotecas

con el fin de suplir nuestros indigentes recursos bibliográficos. Pero este afán de no dejar línea sin leer se interpuso como obstáculo en sus investigaciones, y fue así como su proyecto quedó reducido a varios centenares de fichas elaboradas con todo el rigor técnico pero insuficientes para sus aspiraciones. Es posible también que hubiera influido en la desidia de continuar con su proyecto la preocupación creciente por la cultura helénica, en particular por la literatura. Preocupación de indudable naturaleza estética y no propiamente histórica. Centró entonces su atención en la poesía y la tragedia griegas, y pasó a segundo plano —o al olvido— la época inicial de la cultura cristiana.

Si nos detenemos en las reseñas que publicó a comienzos de la década de 1960, particularmente en *Ideas y Valores*, encontramos ya el interés a que he hecho mención. Hay que decir que estas reseñas no se limitaban a presentar un libro, exponiendo su contenido o sus cualidades, con el ánimo de orientar al investigador o al lector común que mostrase curiosidad en el tema. Son con frecuencia verdaderos estudios críticos, donde penetra a fondo en los aportes y desaciertos de las obras comentadas. A veces lo hacía con mordacidad e ironía, cuando consideraba que estaba ante un libro sin un saber y sin un pensamiento que sustentara lo que en él se expone, sino sólo simulación y engaño. La reseña que por aquella época escribió sobre la traducción de las poesías de Safo, hecha por Enrique Uribe White, es verdaderamente demolidora: señala en cada caso los errores en la exacta versión del texto griego, los desaciertos en la elección de los ritmos, la ausencia de gusto poético, haciendo frecuentes comparaciones con versiones en otras lenguas modernas como el alemán, el francés, el inglés y el italiano, para mostrar las reales posibilidades de traducir a la poetisa de Lesbos. Por la misma época había iniciado el programa de verter textos clásicos cortos, que publicaba en la revista mencionada. De ellos, *El sueño de Escipión*, de Cicerón (en traducción de Vilma Correa), y *Elogio de la paz*, de Tibulō (en versión de Miguel Antonio Caro), están acompañados de introducciones extensas que por los temas que desarrollan adquieren un valor independiente de sus propósitos de ser un mero prefacio del texto. Llamó a colaborar en esta tarea a algunos de sus discípulos más aventajados, pues además de ofrecer versiones confiables de autores griegos y latinos, tenía como finalidad formar un

grupo de investigadores en esa área de la filología. Un cambio de dirección de la revista y el desgano en las directivas universitarias por los estudios humanísticos, pusieron término a ese programa pedagógico, que auguraba dar en poco tiempo resultados positivos para el desarrollo de la cultura del país.

Las reseñas dedicadas a obras sobre la tragedia no son muchas (cuatro en total), pero sobresalen por la puntualidad con que expone y discute las ideas que expresan. No es de extrañarse entonces que, entrada la década del 70 hubiese optado por escribir su tesis doctoral sobre una de las obras más famosas de la literatura y no sobre la vida cotidiana en el siglo IV d.C., como fue su proyecto inicial. Se trasladó a Europa en búsqueda de fuentes bibliográficas y de colegas con quienes discutir los resultados de su investigación. En menos de tres años concluyó una obra que de haberla querido escribir en Colombia de seguro hubiera quedado inconclusa, el *Estudio sobre la trilogía troyana de Eurípides*. Fue éste el texto que presentó a la Universidad de Lovaina para optar por el título de doctor. Es un libro extenso, en el que no sólo estudia aspectos de contenido muy específicos (El juicio a Helena, por ejemplo), sino además donde propone la hipótesis de una reconstrucción del argumento de *Alejandro*, la primera de las tragedias que componían el ciclo, y que se halla perdida. Este libro tampoco se ha publicado completo. Sólo algunos capítulos, que el propio autor convirtió en ensayos de lectura independiente, han visto la luz en revistas nacionales, pero son suficientes para darnos una idea de la erudición y la severidad de los juicios y las opiniones que se respiran en todo el libro.

A propósito de la reconstrucción del argumento de *Alejandro*, quiero contar una anécdota, porque expresa el humor y el carácter del profesor Zaranka. No disimuló nunca la satisfacción que le produjo su trabajo, al que la Universidad de Lovaina le concedió la más alta calificación. Creía que había hecho un aporte sustantivo a la clarificación de un problema en la obra de Eurípides. En broma le dije en cierta oportunidad: “No se haga muchas ilusiones. No faltará quien *invente* un papiro que destruya sus pretensiones arqueológicas”. Al año de haber sustentado su tesis, en 1974, el investigador inglés R. A. Coles publicó un papiro de Oxirincos con el argumento completo de la tragedia. Zaranka, con un exquisito humor y con la alegría de que se hubiese descu-

bierto un documento que sirviera como testimonio irrefutable en cualquier investigación posterior, me dijo algunos meses después de mi *boutade*: “Inventaron el papiro”. Para él, era una norma de conducta del hombre de buen pensamiento estar siempre dispuesto a que nuevos datos anulen los resultados de las propias investigaciones. La publicación del papiro de Oxirincó la recibió como la de una lección de modestia. Así lo escribió en un artículo dedicado al tema: “Este argumento —dice allí— no resuelve todas las dificultades de la reconstrucción: sin embargo, con lo que revela, nos da a los estudiosos anteriores de esta pieza una lección de modestia, puesto que a pesar de los aciertos que hemos logrado en nuestras hipótesis de reconstrucción, unos en mayor grado, otros en menor, vemos ahora que hay partes de la pieza en las que nos hemos equivocado todos sin excepción”.

Al regresar a Colombia después de la sustentación de su tesis sobre Eurípides, empezó a trabajar en problemas de la filosofía del lenguaje entre los griegos, con miras a escribir un libro sobre *Cratilo*. Una suerte análoga a la de la obra sobre la vida cotidiana en el siglo IV corrió este proyecto, en el que puso tanto empeño en los últimos años de su vida. Pero hay que reconocer que en éste último caso sus investigaciones sobre el tema fueron aprovechadas para redactar varios ensayos y traducir el diálogo que Platón dedicó a aquel filósofo. Esta versión, publicada en 1983, merece destacarse, no sólo por la exactitud con que trasvasa a nuestro idioma el contenido del texto griego; también lo merece por las notas, de carácter lingüístico y filológico, que redactó para explicar todos aquellos aspectos y momentos del diálogo que son de difícil comprensión por estar muy ceñidos al espíritu de la lengua griega o a las circunstancias que motivaron las observaciones de Platón.

Si exceptuamos la obra platónica que acabamos de mencionar, *El humanismo en Colombia* (1980) es su único libro publicado. En él reunió cinco ensayos dedicados al comentario de obras escritas por colombianos sobre aspectos de las culturas clásicas. Hay que reconocer que los textos allí incluidos son de una importancia innegable para el estudio de algunos aspectos de la recepción entre nosotros de las literaturas griega y latina, pero no representan sus reales intereses de investigador. Muestran, sí, la importancia que le concedió —pero hay que advertir que sin el

mayor entusiasmo—, al desarrollo de los estudios humanísticos en su país de adopción. Algunos de ellos exceden, sin embargo, sus intenciones para convertirse en ensayos cuyo objetivo inmediato era sólo un pretexto para un tratamiento más personal y más amplio del tema. Así procede, por ejemplo, en los artículos dedicados a la versión de Miguel Antonio Caro de la *Elegía I, 10 (elogio de la paz)* de Tibulo, y de la primera traducción neogranadina de la *Oda II, 3* de Horacio. En el primero discute las influencias que se han insinuado de la lírica griega en el autor de las elegías, y en el segundo aprovecha el momento para desvirtuar la tesis que vincula a Horacio con la filosofía epicúrea.

Juozas Zaranka nunca tuvo ambiciones de riqueza ni era una persona que se rodeara de lujos y objetos suntuosos e innecesarios. Tampoco pensó en limitar sus gastos con el ánimo de acumular un capital. Su dinero lo invertía en libros para alimentar su voracidad de saber y atender las obligaciones de su cátedra. Las colecciones bibliográficas del país son muy deficientes, tanto por el número de volúmenes como por la calidad de los ejemplares que las conforman. Son colecciones que en el mejor de los casos cubren las necesidades del mero aprendizaje. Por esto se vio forzado a formar su propia biblioteca, la cual fue coleccionando con sumo cuidado, comprando las mejores ediciones de los clásicos griegos y latinos y sus traducciones a varias lenguas modernas. Adquirió la bibliografía básica de referencias, los comentarios esenciales, los lexicones. Su anticuario de Heidelberg le informaba sobre las bibliotecas privadas que estaban en venta. Recuerdo su entusiasmo cuando recibía un libro que parecía estar ya fuera del mercado y cuya adquisición se suponía imposible. Recuerdo en especial cuando tuvo en su poder varios ejemplares que pertenecieron al célebre filólogo sueco Martín P. Nilsson, considerado el mejor conocedor de la religión griega. Algunos de esos libros le llegaron con apuntes del propio Nilsson o con cartas dirigidas a éste, ocultas entre sus hojas, como si ya hicieran parte del volumen.

Su franqueza sin disimulos y sus modales fuertes irritaban a quienes no habían entrado en familiaridad con él. Su humor—debemos reconocerlo— solía sobrepasar la sutileza para ser el gracejo rudo pero cordial. Éstas notas de su carácter no dejaron de originarle malquerencias entre algunos colegas, pero nadie

que lo conociera de cerca podía encontrar en su conducta un atisbo de traición. Sus clases, donde los conocimientos estaban a disposición de quien los requiriera, eran también sesiones de ingenio y ocurrencias oportunas: cualquier error de los estudiantes lo corregía con gracia y simpatía. Y aunque la vida no le fue favorable para la realización de sus aspiraciones intelectuales, conservó siempre un humor alegre que a veces alcanzaba el clímax de la ironía sobre su propio destino. Aún en su lecho de muerte tenía a flor de labios frases y expresiones que en otras circunstancias hubieran sido motivo de festejo.